

11. Fronteramente

Fabián Severo
Uruguay



*Soy de lejos del mar.
Soy de allá.*

“Madre Sabiá”, Ernesto Díaz

Todas las noche, la voz de mi madre se sentaba en los pie de mi cama y me adormecía cantando: *Duerme, dorme, criatura, / que tu madre istá cansada das costura. / Sueña, soña, criatura, / con un cielo istrelado y rapadura...* Yo me dormía haciendo fuerza pra no dormirme, porque no quería que su voz desapareciera en la penumbra de mi infancia.

Pero me dormí.

Un día abrí los ojo y mi madre ya no estaba. Nunca más sus mano, nunca más sus ojo, nunca más sus canción... Por eso, me paso la vida intentando dibujar su voz en los papel, para que siga sonando en mí, para que fique sentada en los pie de mi cama, para que exista, aunque sea de aire.

En los interrogatorio, cuando preguntan por mi forma de escribir, yo recuerdo a mi madre. ¿Cómo sonaba? ¿Cómo era el cantito de su voz? A veces, me animo y respondo: “Son los sonido y silencio que escuchaba en la barriga de mi madre, esa es mi lengua materna, porque cada madre es una lengua”.

Pero otras vez, no me animo, me quedo en silencio, entonces, los policía de la lengua insisten: "Dale, bichi- come, ¿por qué hablás mal? ¿por qué escribís en portu- ñol?"

*

¿En qué lengua escribimo los frontera? Los que nacimo en el filo de los país, ¿qué gramática besa nuestros pen- samiento? ¿Qué diccionario usamo pra pintar los ladrido dus perro que no dejan el barrio sestear? ¿De qué mapa calcamo nuestros verso de aire?

¿De dónde semo los frontera? Los poeta, los narrador, los músico que nacimo en los borde de los pueblo, ¿cuál es nuestro idioma? ¿Cada artista es una lengua?

*

Yo nací en la ciudad de Artigas, en la frontera entre Uru- guay y Brasil. Mi familia, mis vecinos y mis amigos, ha- blan misturando las palabras del portugués y el español. El portuñol es mi lengua materna. Cuando yo estaba en la barriga de mi madre, ya escuchaba el mundo entreverado. Después, en la época que hice la escuela, los policías lin- güísticos me quisieron hacer creer que los que hablába- mos misturado éramos pobres, sucios, burros.

Yo no sé si el resto del mundo puede entender qué se siente cuando alguien dice que tus palabras no sirven, es como si nos dijeran que nuestro corazón es inadecuado y que, para tener vida, tenemos que cambiar por uno nuevo. Las palabras son lo único que tenemos. Pensamos, so- ñamos, recordamos, sufrimos en las palabras, y cuando viene algún dueño de la lengua a decir que tenemos que aprender a hablar como otros, que nuestro hablar está mal, nos miramos entristecidos, porque si nos cambian las pa- labras, nosotros ya no vamos a saber ni qué somos.

Cuando me fui de mi tierra, empecé sentir saudade de mis calles, extrañé mis vecinos, me faltaban los sonidos de la frontera. Una mañana, desperté en una ciudad que no conocía, y nacieron los recuerdos. Pero mis lembranças también venían en portugués, y como la tristeza no bajaba, me senté a escribir. Cuando recuerdo, cuando siento, cuando pienso, lo hago en portugués. Después, intento pasar esos sonidos que escucho en mi cabeza para el papel, intento traducirme. Mas mi escritura también viene misturada. Para poder encontrar mi refugio en la literatura, para despertar en el sueño de mi ciudad, necesito combinar las canciones de mis dos países.

Asvés, toi lembrando la tristeza que había en mi tierra y las palabra van saliendo, una arriba de otra, intreveradas. Hay días que intento inderesar ellas, mas no puedo, impesan a perder el olor, a quedar seim vida, puro hueso sin carne morrendo en mis cuaderno. Pero otras vez, yo las deajo así, torcidas y intonce, vuelvo a tener diez año y ando descalzo na calle, correndo con la Gabriela o ayudando la María arrancar laranya y me sinto menos triste. Me olvido que afuera el mundo es de tardisiña. Vuelvo a tener los sueño que tenía cuando caminaba nu meio das pedra, sin saber que las palabra tenían dueño, y el mundo era todo mío.

*

Escribiendo descubrí que podía crear un nuevo espacio, un espacio simbólico, hecho de palabras, una frontera de lenguaje. En esa patria de papel, conseguía crear mi propio idioma, el fabianés, lograba existir sin tener que definirme, sin tener que decidir de qué país era.

En la frontera, si uno se atira en el pasto y mira pra cima, si estira los ojo y busca, no encuentra la línea que divide los país. Uno bombeia y es todo liso-azul. ¿Qué azul es

Uruguay y qué azul es Brasil? Miro los gorrión que andan avoando. ¿Se darán cuenta que istán cambiando de país, o para ellos el aire es todo blando? La tierra es más fácil de marcar. Uno agarra un puñado, moja, hace barro, amontona, pone otra terra inriba y van naciendo las pared... El suelo se puede dividir. Pero en el aire es todo imposible.

En mis cuadernos, estaba fundando mi patria de palabras, del tamaño de mis labios, con los sonidos y silencios de mi boca.

Pero no siempre fue así. No siempre viví en una frontera simbólica. En el Artigas de mi infancia, a veces, nos querían convencer de que la frontera era un problema. Que tener otra cultura, justo allí, cruzando la calle, otra lengua, podría afectar nuestra identidad, podría des-uruguayizarnos. Los dueños del mundo dibujaron el horizonte encima de nuestra calle, y decretaron que no podíamos derretir los mapas. Determinaron que la comida de allá no podía inflar los platos de acá, y que aquella gente tenía una tristeza distinta de la nuestra. También quisieron deformar nuestras palabras. Como si la frontera fuese un defecto del mundo, los reyes del idioma desplegaron sus soldados de la lengua para imponer que los países son monolingües, que dentro de las líneas de un pueblo, todos deben hablar y escribir igual, que tenemos que sacarnos las palabra de nuestra casa y ponernos otras más limpia, para dejar de ser proyecto de gente, resto de vida, basura que habla.

Cuando la cultura a la que uno pertenece es aplastada, ninguneada, cuando se quiere imponer una forma de mirar, de hablar, de sentir, cuando se busca imponer el silencio, enmudecemos... Cuando te dicen que la forma de hablar de tu madre está mal, que los recuerdos que te contó tu abuela deben ser corregido, empieza a nacer la vergüenza, uno siente la humillación, y después la rabia.

Yo también quise corregir mis palabras. Me sentía mal porque siempre que quería expresarme, ellas se torcían. Yo intentaba enderezarlas, para ser de un solo país, para no ser un frontera, un de ningún lugar, un del aire.

Pero un día, fundé mi patria de lenguaje, y entonces, la frontera dejó de ser un problema y pasó a ser una oportunidad. Vivir entre dos idiomas, entre dos culturas puede agrandarnos el mundo, puede ayudarnos a estirar los ojos.

*

Cuando era gurí, una profesora me enseñó que vivimos en un mundo construido por relatos. Ella repetía: “los hechos no existen, si no existe el relato que dé forma a esos hechos. Recuerden: todo es relato”.

Lembro con cariño sus clases. Ella intentada nos amostar que en la frontera, se construye un relato que sostiene que existe una forma de hablar bien, que tiene más prestigio que otra, y resulta que esa forma de hablar, es la de los poderoso del pueblo, los alcalde, los que viven en sus mansión en el centro. Quieren nos imponer los verbo de los prestigioso, que sonemos como si nosotros fuera ellos, borrando el cantito de nuestras abuela. La profesora nos estaba enseñando a luchar por nuestras raíz, nos decía: “si leyeron un poquito de historia, saben qué sucede cuando una cultura es silenciada, borrada, olvidada. Defiendan la cultura de sus madres, sus abuelas...”

La profesora nos enseñó que los relato se construyen. “Es como las paredes de una casa”, nos decía. Fabrican un relato de lo que consideran identidad nacional, país, nación... “Los uruguayos son...”, “Los brasileros son...”, “Los fronterizo son...”, intentan meter a todos para adentro de esa casa, pero el problema es que no entran todos, una definición es muy chica para ser una casa, el problema es todos los que quedan afuera.

*

Una tarde, estábamos en el frente de la casa de mi tía cuando mi primo regresó de la escuela. Venía adentro de su túnica blanca, cargando su mochila. Nos saludó “buenas tardes, mamá”, “buenas tardes, primo”. Mi tía lo miró y le preguntó: “Fío, ¿pur qué tú ta falando así?”. “Así, ¿cómo?”, preguntó mi primo. “Así, todo raro, todo importante”, dijo mi tía. “Estoy hablando así, porque la profesora me dijo que ahora nos iba a enseñar a hablar bien”. “Mas, tú nao teim que falá como tu profesora, tenés que hablar como yo que soy tu madre”, dijo mi tía, y mirándome, agregó: “Fabi, vos que estudiaste, decí para tu primo que él no tiene que hablar como en la escuela, teim que falá como eu, que soy la madre”.

No supe qué responder.

Creo que estoy pronto para empezar a crear mi relato, que tenga el jeitinho de hablar de mi madre, con su canto. Sempre que viajo por ahí, alguno me dice “Vos hablás como cantando”, y a mí me encanta pertenecer a un pueblo que habla como cantando. Me gustaría escribir en fabia-nés, palabras que suenen como un canto.

*

Semo frontera. Semo miradas regando dos país, piernas hablando varias lengua, sangre paseando intreverada. Nuestras palabra no saben Geografía. Yo no sé qué es la frontera. Tal vez, sea varios lugar, una forma de pensar fronteramente, de ponerse de acuerdo con el paisaje que nos rodea, una mancha en un mapa o un estuario onde la agua dulce del río se mezcla con la agua salada del mar y crecen los frontera, esa especie de vida que no brota en otros lugar. Tal vez la frontera no sea una definición. Tal vez, sea como una nube que no es pero parece.

Vivir entre dos país, entre dos idioma, entre dos cultura no es un problema, es una suerte, es una gran oportunidad para agrandarnos el mundo.

*

La literatura –el arte- me dio la oportunidad de crear un espacio simbólico, cuando no encontraba mi espacio geográfico, cuando el espacio que habitaba me obligaba a que me definiera (¿de dónde sos? ¿uruguayo o brasileño? ¿por qué hablás así?), las palabras se transformaron en todas mis puertas, en las ventanas por donde podía ver el sol nacer.

La frontera que escribo, que imagino, está hecha de lenguaje, pero es tan real como esa frontera hecha de aire y tierra, de discursos y decretos que me obligan a ser. Fabi, vos sos uruguayo, tenés que hablar español, te tiene que gustar el fútbol, el asado, la torta frita, el candombe, el mate, y caminar los domingos por la rambla. Fabi, no te olvides que sos uruguayo. No seas de contra bando, no seas un vendepatria.

El problema de los relatos que intentan definir a un grupo de persona es que, en esa definición, dejan afuera a muchas personas. Cuando dicen que los frontera somos esto o aquello, dejan afuera a un muchos frontera.

El espacio en que me tocó vivir y el relato que me quiere imponer sobre ese espacio, son un desafío. Yo lo viví de niño, en los centros educativos, donde daban clases los soldado del diccionario. Lo sigo viviendo en los interrogatorios disfrazados de entrevista. "Dígame, Severo, ¿cómo hace para saber en qué momento la palabra va en español o en portugués?".

Cuando entrevistan a otros escritores, no empiezan la entrevista preguntando: "¿por qué escribe en español?",

tampoco le piden una fundamentación de por qué usa las palabras de su madre en sus textos... Pero mis interrogatorios, casi siempre empiezan: "¿por qué escribe así?". Una vez, en una universidad de la frontera, un policía me dijo: "Esto no es portuñol, porque nosotros no hablamos así". Yo le respondí que tampoco hablo así, porque no hablo como escribo, no hablo en versos, pero no sé si él me escuchó.

Pareciera que los portuñoles no pudiéramos escribir. Como si no se pudiera hacer poesía con las palabras de las madres que nunca fueron a la escuela, que aprendieron solas, porque se pasaron la vida, agachadas en una chacra, dando vuelta tierra, plantando. ¿De dónde sacaron que no podemos crear versos de tierra, con olor a vereda y el cantito de los vecinos que estiran la tarde? ¿Por qué debería sentir vergüenza por cómo hablan mis padres, por cómo se visten, por las piezas sin terminar de mi casa, por las paredes sin revocar, por el agua del pozo negro corriendo entre las plantas? A veces, uno escucha a ciertos estudiosos, y pareciera que la literatura fuera propiedad de los intelectuales, como si para escribir, hiciera falta un diploma en la pared, como si la poesía y la narración no fueran el hilo que cose la vida de todos, sin importar sus estudio.

*

Venho disparando de la policía de la lengua. Sinto as bala du diccionario sumbando en mis ouvido. Veo las flecha da gramática pasar en mis costado. Trompieso con los tilde. Me arreberto contra as regla de concordancia. Me mareo nas curva de intonación. Sigo correndo. La gente que me mira pasar, no se imagina que intento me salvar de la guardia lingüística porque si eles me quitan la lengua, ya no voy a ser. Me iscondo num beco. Sinto que mi corazón istá por explotar. ¿Dónde hay un lugar siguro para que yo pueda proteger mis palabra?

Ellos ya vienen. Iscuto el retumbo das bota de las política lingüística. Si me incontran, van querer corregir mis sonido, lavar mi lengua y borrar a música da minha infancia, para que deje de ser el Fabián frontera y pase a ser de un só país, monolingüe, fácil de entender como las definición del diccionario.

Mi única salvación es isconderme en la Literatura. Abro mi caderno y impiezo a escribir un poema:

Mi madre falava mui bien, yo entendía.
Fabi andá faser los deber, yo fasía.
Fabi traseme meio litro de leite, yo trasía.
Decí pra doña Cora que amañá le pago, yo decía.
Deya iso gurí y yo deiyava.

Mas mi maestra no entendía.
Mandava cartas en mi caderno
todo con rojo (igualsito su cara) y firmaba imbaiyo.

Mas mi madre no entendía.
Le iso pra mim hijo y yo leía.
Mas mi madre no entendía.

Qué fiseste meu fío, te dice que te portaras bien
y yo me portava.

A historia se repitió por muintos mes.
Mi maestra iscrevía mas mi madre no entendía.
Mi maestra iscrevía mas mi madre no entendía.

Intonces certo día mi madre entendió y dice:

Meu fío, tu terás que deiyá la iscuela

y yo deiyé.

Sigo escribiendo. Acá no me van a atrapar. Respiro aliviado. La poesía es mi única trinchera.

La Literatura es otra vida. Allí todo puede acontecer. Uno puede despertarse transformado en un monstruoso insecto o hacer un pacto con el diablo y cruzar el sertão para conseguir el amor de Diadorím o caer del caballo y decir: "Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra..."

Alguien, una vez, me dijo que la Literatura es un lugar donde puedo caminar hablando con las palabras que me cantó mi madre, sin sentir miedo de que algún profesor me señale con el dedo, gritando: ilegal. En el poema, puedo ser un frontera, mi portuñol puede dar flor y mi lengua no tiene que mostrar pasaporte ni responder interrogatorios para los aduaneros del idioma. Los ríos de la Literatura no tienen alambre de púa ni tanques de guerra preguntando de dónde uno es.

Mas los fiscal da língua también quieren invadir mi refugio. Mandaron una profesora me decir que no istá de acuerdo con lo que hago en mis poema. Y yo me pregunto: ¿cómo se faz pra no istar de acuerdo con la Literatura? Es como si un amigo me dissera que va hacer una canción y yo grite pra él: "no estoy de acuerdo". ¡Pobres fiscal! Despós de todos los año de istudio, no aprendieron la diferencia que hay entre un libro de poema y un manual de gramática. Eles istán enojados porque dicen que mis verso no respetan ninguna regla, que mis palabra istán tortas, que mis plural son incerto. ¡Pobres fiscal! Yo los intiendo. Ellos

no leen poema pra se emocionar o se divertir, para odiar o extrañar, eles leen para incontrar las norma que los van ayudar a salvar un examen en la universidad. Escarvan mis adjetivo, miden mis conjugación, pesan mis sustantivo para poder se recibir de comisario lingüístico. ¡Pobres fiscal! Leen Literatura pra estudiar lengua. Desarman los cuento pra incontrar las preposición, memorizan los verso pra descubrir los modo verbal, asesinan las novela para incontrar un pronombre. Para ellos, la Literatura es solo un depósito de palabras.

Yo pregunto prus dono das palabra: ¿En qué lengua falamo los frontera? ¿Na lengua que nos enseñaron na iscuola o na língua que nuestras madre nos cantaba antes de dormir? Materna viene de madre. Du idioma materno son las palabra du afecto, da ternura, da emoción. No puedo pensar ni narrar mi pasado sin ellas.

El portuñol o Portugués del Uruguay o Español de la frontera, no necesita que los artistas lo reivindiquen. Es al revés, los artistas necesitan el portuñol para poder existir. Escribo en mi portuñol literario porque es la versión escrita que más se parece a los sonidos que escucho en mi cabeza. Si tuviera que defender algo, defiendiendo mi derecho a crear usando mi lengua materna.

Yo soy el Fabián que anda bien lejos, por grandes avenida, recordando las muerte, tarareando los sonido de mi barrio. Catando restos de arcoíris y pedazos de palabra que la gente vai atirando. Mitad de vida, metade de morte. Yo soy el Fabián que istudió as língua da ispada y da cruz, que aprendió a contar las costilla de los verbo, sé cómo gotean los sustantivo y en qué adjetivo el perfume es más fuerte. Mas yo elegí, fabianamente, us sons que mi madre colgó nu patio da minha infancia, as palabra de feijao, us suspiros de tierra, a língua du corazón.

*

Los ricos no tienen frontera. Su patria es el mundo. No los paran para revisar los documentos. Para ellos, el mundo es una sonrisa, un planisferio de brazos abiertos en cada país. Están en las salas vip, en los aviones privados. La única vez que viajé en avión, me sacaron de la fila, me abrieron la maleta, que adónde iba, que dónde me iba a quedar, por qué estaba viajando. Al final me dejaron pasar, parece que yo no estaba haciendo nada malo, solamente quería subir al avión para llegar a una ciudad que me había invitado a leer mis poemas.

Llegan los interrogatorios. Los aduaneros de la lengua, los vigilantes de la literatura se visten de profesores en un congreso o de periodistas en una radio y empiezan a revisar mis papeles, de la misma manera que migración revisa las maletas de los viajeros en los aeropuertos, y quieren saber por qué uso así los plurales, por qué invento palabras. No les parece legal que alguien juegue con las palabras como si fuera un niño con su manito hundida en la tierra. Quieren revisar mi pasado, ¿quién más escribe en tu familia? ¿Cuántos libros leyó tu madre, tu padre, tu...? ¿Cuántos libros leíste? ¡Los aduaneros del arte!

Si ellos supieran que en aquella frontera del Fabián niño, no había libro. Apenas teníamos para comer. Los libros no hacían parte de nuestro universo. Nunca se me habría ocurrido ser escritor. Ser escritor no estaba en mi horizonte. Yo quería ser cantante de cumbia, porque la poesía, la melodía de las palabras, las metáforas, llegaban por la radio, a través de las canciones. La otra fuente de mi literatura eran mis vecinas sentadas en la vereda. Los juegos de palabra de mis madres, el pasado de mis abuelas, las historias contadas por mis tías. En aquella época, la cultura oral era el puente entre una generación y otra. Mi abuela me decía: Fabi, ¿te imaginás que alguien, dentro de mil años cuente tu

historia para otro? Es como seguir latiente.” Ahora que me lembro de mi abuela, cada vez estoy más convencido de que si una boca más vieja pasa palabras para unos ouvido más joven, la cadena de nuestra humanidade puede se costurar de nuevo.

Un día, me tuve que ir de Artigas. Exiliarme de mi barrio, de mis amigo, del patio de mi infancia. Después de unos mes lejos de mi ciudad, impecé a extrañar a mis vecino, mis sabor, mis aroma, mis sonido... Descubrí, con el tiempo, que lo único que había traído de la frontera, eran mis palabra. Entonce, empecé a escribir. Alguien dijo que escribir es una forma de guardar para sempre, lo que se ha perdido. Y yo empecé a escribir mi pasado, a recrear mi frontera, ahora hecha de palabras. Escribir fue, y sigue siendo, una forma de regresar, de estar en el paisaje que me hace bien. Tu tierra vai contigo por más que cruces el puente buscando otra sombra. Allá van tar te lembrando, con saudade de raíz.

Mi profesora del liceo, una vez nos dijo que los nadies, los que no heredamos apellido de calle, ni tierras, ni fortunas... los que solo heredamos el hambre y la injusticia, los que nacimo en el lado del mundo onde el sol no llega, lo único que podemos heredar son las palabra, por eso, debemos luchar para que no nos quiten nuestra lengua.

Si borrarán las palabra con que mi madre me contó su vida, los sonido con que mi abuela me contó que antes se vivía mucho mejor que ahora, desaparecería parte de mi historia, se silenciaría mi cultura, desaparecería mi ayer.

Los recuerdos contados de una generación a la otra, en mi barrio, tan alejado de los libros, se comparten conversando en el frente de las casas. Un vecino al lado de otro, tomando mate, recreando el ayer. Intento pasar los sonidos y silencios de mi cabeza para un papel, poder dibujar la par-

tidura de la lengua oral de mis vecinos, escribir literatura apoyado en la ventana o sentado en la vereda. No quisiera ser un escritor, quisiera ser un decidor.

La literatura, el arte, es el único espacio donde me puedo decir.

Cuando estudiaba, en los pizarrones de la escuela, la lengua era solo un instrumento de comunicación, y la comunicación era un esquema muy fácil de memorizar donde había un emisor, un receptor, un código, un canal... Pero la lengua es lo que uno se lleva cuando tiene que partir. Entre la ropa doblada en el bolso, entre las medias y las fotografías de la familia, van las palabras que acunaron nuestra vida, como si fueran la falda de una madre.

Cuando yo me fui das casa, miña madre me deu uma caja de sapato, llena de royo de foto. Algún día Fabi, tu vai podé revelá esas foto de cuando tu y teus irmaum era pi-queno. Cuando pudíamos festejar algún cumpliano, yo conseguía la máquina con doña Selia. Solo se podía sacar doce foto, sempre del cumplañero atrás da torta con los convidado. Nunca pudemo revelá. No había plata. Ainda tengo la caja guardada en el ropero. Teño las palabra, faltan las imagen.

*

El otro día en un congreso, donde creí que me habían invitado porque escribí unos libros con las palabras de mi abuela, de repente, apareció un policía del buen hablar, disfrazado de académico, y quiso arrinconarme, frente al público. Él estaba enojado porque decía que yo era un contrabandista de palabras, que pasaba palabras de contrabando, de un bando para el otro, que las lenguas se deben quedar en su bando, sin cruzar la frontera, para eso se inventaron los mapas.

Esa noche en el hotel, soñé que enllegando en la frontera de Uruguay con Brasil, un milico me hizo seña. Frené mi bicicleta. De la garita salió el aduanero. Venía se arreglando la camisa blanca, como si arrecién tuviese salido del baño. La barriga de estar siempre llena, de estirar la tela, de estrangular los botón.

¿Qué llevás ahí?

Nada, señor. Mi cuaderno.

¿Y qué hay adentro?

Por mi costado, me haciendo unos finito, pasaban las camioneta tocando bocina. El aduanero amostraba los diente, levantaba la mano. Alegría de saludar los estanciero que ían y venían entre los dos país.

Dale, piche, que no tengo todo el día. ¿Qué tenés adentro de ese cuaderno?

Solo unas palabra. Nada más.

A ver, abrí.

En la garita se veía un escritorio con un pizarrón negro atrás. Con tiza tenía escrito la fecha. Arriba del escritorio, una montaña de cuaderno. En la puerta, un milico fumaba arrecostado en la pared, los ojo curuyento arriba mío.

El aduanero agarró el cuaderno. Fue pasando las hoja. Mirada de revisación.

¿De quién son esas palabra? ¿De dónde sacaste ellas?

Mías... de mi casa... me las dio mi madre.

¿Te parece bonito andar escribiendo así?

El aduanero miró al milico, le hizo seña para que le alcanzara una lapicera roja. El aduanero empezó a encerrar las palabra. Siempre sacudiendo la cabeza.

¿Vos te pensás que yo soy de adorno acá? ¿Te crees que vas pasar esas palabra por enfrente de mis nariz? ¡Bíchicome, yo te voy enseñar a escribir!

Yo seguía con la cabeza para abajo. Mirada de no tener nunca razón. Mi madre sempre me decía: Fabi, mientras vos agaches la cabeza, yo tengo un hijo vivo.

La frontera es tierra de nadies. Donde cualquier esquina es un puñado de bala. Donde un granfino puede hacer que uno se pudra atrás das reja. Frontera es donde el pobre ya nace disparando. Y donde los milico se arrodillan atrás de los apellido del centro, atando sus cordón. Frontera es onde uno entra en el queco y encuentra el intendente con una gurisita en la falda, y en la otra mesa, un diputado sobando las nalga de una abuela.

El aduanero amostró mi cuaderno para el milico que sacudió la cabeza como diciendo que no podía acreditar.

Para qué uno pasa la vida fiscalizando, si estes fedorento no aprenden nada. Por iso, este país istá como está. Bajate de la bicicleta.

Me bajé. Me hicieron abrir el cuaderno y apoyarlo en la pared.

¿Eso qué es?

Mis plural.

Hablá bien si no querés que te arranque esos poco dientes de podre que te quedan.

El milico tiró el pucho, lo pisó con sus bota negra y prendió otro cigarro. Dijo como pensando en voz alta, como para el aire de la frontera: Por culpa de estes besta, en Montivideo dicen que nós falemo mal. Habría que cagarlo bien a palo, enderezarle la lengua a garrotazo.

Los auto seguían yendo y viniendo. En eso, despacito, como frenando, pasó un camión con un toldo negro. Los vidrio oscuro de no saber qué hay adentro. El aduanero ni levantó los ojo de mi cuaderno, como si aquel camión nunca tuviese existido.

Voy te enseñar hablar como en Rocha. Allá sí que hablan bien. Anotá ahí.

El aduanero, las dos mano atrás de la espalda, empezó a dictar: "Tengo que aprender a escribir..."

Allá en el fondo, el escritorio, el pizarrón...

Yo hacía fuerza para que la letra me saliera prolija. Ca-prichaba en las vueltita de la e.

Ahora, vas en tu casa y repetís esa oración cien vez en tu cuaderno. Mañana venís que voy te corregir. Hoy te dejo entrar, pero si te encuentro de nuevo con las palabra retorcida, no vas pasar. Quedás afuera para siempre. ¿Entendiste, bagayo?

Yo dije que sí con la cabeza. Cerré el cuaderno. Metí adentro de mi bolsa. Con mis ojo en los pie, empecé pedalear para hacer la subida de la fuente. El viento mormasiento de la frontera me dando en la cara, y yo pensando cómo decir para mi madre que ya no puedo andar más con sus palabra, que tengo que conseguir otras, destorcidas, dismanchadas... que si me agarran otra vez, no voy poder desandar el camino para casa. Mientras, seguía pedaleando, la mano izquierda bien apretada, llegaba sudar, para que la bolsita con mi cuaderno no resbalara y cayera en el balastro.

*

¿Qué es la frontera? Hay un río que riega dos país o un muro que separa o un puente que lleva y trae o una adua-

na que revisa papeles y bolsos o calles que hablan varias lengua. Allí, donde la sangre se mezcla, la lengua se entretiene, la vida se multiplica, donde los mapas se unen o se despegan, donde alguien dibujó una línea sobre agua o un borde sobre tierra, los artistas viven fronteramente y crean un estuario idiomático.

Somo un país tropical pero con frío, onde no sabemos qué tipo de tierra pisamos, y el río es agri dulce. No somos una definición, somos una nube de gente.

Nós somos de frontera, como el sol que nace allí tras el ucalito, alumina todo el día encima del río y va a dormir después de casa de los Rodríguez. De frontera como la luna que hace la noche casi día, deitando luz en las márgenes del río Cuareim. Como el viento que hace bailar a la bandera. Como la yuca que lleva el rano de los nuestros. Todos nosotros somos de frontera como esos pájaros volando de la pradera, cantando un idioma que todos entienden. Vienen de frontera, van a la frontera, como el avestruz y nuestros hijos, comiendo el pan que el diablo amasó, sufriendo en este fin de mundo. Nosotros somos la frontera, más que cualquier río y más, mucho más que cualquier puente.

*

Yo masticaba el modo de hablar de mi madre como si fuera una rapadura de chala, saboreando el dulce de su sonancia, su arte de darse vuelta en las palabras. Mi madre estaba me rezongando: "Fabi, tú eres como vaca de pobre, vives en la calle", y de repente, entraba alguien en el almacén, y ella se viraba en su voz: "Buenos días, vecina. ¿Qué vas a llevar?", y yo me estiraba en su rumor de arroyo embarrado.

Muchos años después, una profesora me dijo: "Lo de su madre se llama diglosia." Entonces, su modo perdió el encanto. "Fabi, no entiques conmigo". Su talento dejó de ser

espiral de melodía, veleta de mi destino y pasó a ser diglosia pra sempre.

La profesora bautizó el don de mi madre con una palabra parecida a una enfermedad que no se puede olvidar.

*

Dibujó la partitura de la voz de mi madre en un papel, para que su cantito, las historia que ella me contó, las historia que mi abuela le contó a mi madre, y así, hasta el comienzo de los tiempo... escribo para que la cadena no se rompa... escribo para que el silencio no borre las voz de mi pueblo. Porque si no: ¿Cómo la gente, allá afuera, vai se interar de nuestra tristeza, si no salimo en ningún lado? Ni en libro, ni en televisión, ni en radio... Y además, si los hijo que se fueron a estudiar, se isqueceron de nosotros. Si la ruta istá cortada, ¿quién va venir? ¿Istamo por desaparecer?

Escribo para que mi pueblo no desaparezca, para que volvamos a resucitar.

*

Las palabra son de nadies. Lo mejor es soltar ellas, dejarlas volar suelta por el barrio para que hagan nido en cualquier gajo. Si uno le corta las ala y amarra ellas en la jaula de nosso peito, elas podem morir de sed, silenciándose hasta hincharnos de tristeza. Mis caderno son mi intento de soltarlas. Abrir las puerta de mi silencio. Decir todo lo que no tenía dicho. Sacar las espina de mi nido para poder dormir liviano, sintiendo el aire caminar por mí.

Las palabra no nacieron para morir encerradas en la boca. Escribo buscando que ellas encuentren su destino, quisiera que descubrieran su nombre. El lugar exacto para el que nacieron. La melodía que brotó para acompañar un ladrido. Dibujar los ruido de la vida. Yo quería que cada letra

incontrara su padre y su madre. Pero no pude. En la frontera, las palabra también istán quebrada. Fazem parte de pedazos de árboles estirados en las lengua de piedra de la gente. ¿Qué sonido va inventar uno si hasta lo que uno piensa ya tiene patrón? Solo se pode repetir como el loro de doña Cora, que pasa todo el día: papa rica, hola, loro, papa... Ni siquiera uno puede querer el silencio porque acá, cuando los ruido se deitam, es más peligroso, las agua de la cabeza empiezan a se mover, lambendo las cara que uno no quiere recordar y los tronco que uno prefiere isquecer. En la frontera, ni el silencio es de uno.

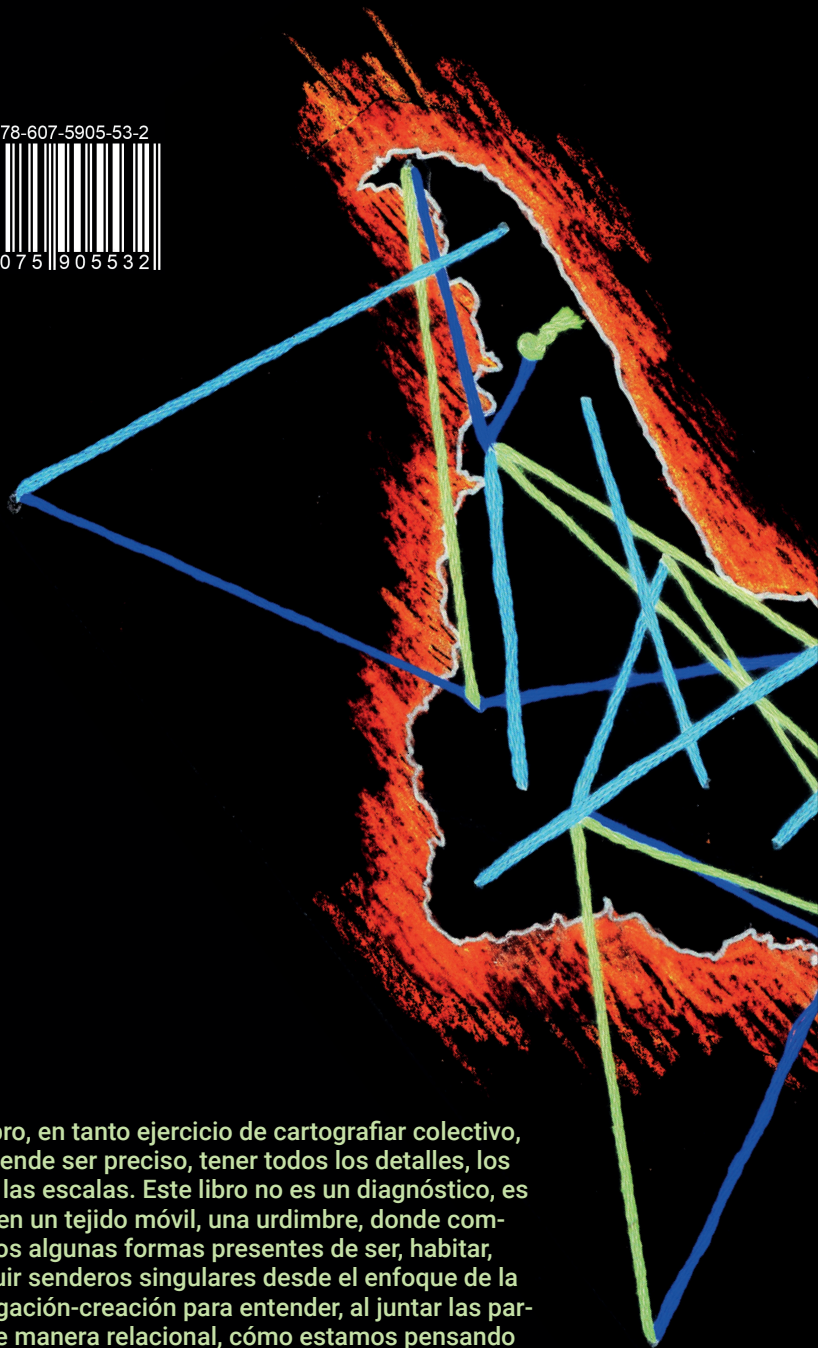
*

Todas las noite, la voz de mi madre se sentaba en los pie de mi cama y me adormecía cantando: *Duerme, dorme, criatura, / que tu madre istá cansada das costura. / Sueña, soña, criatura, / con un cielo istrelado y rapadura...* Yo solo quería dibujar su voz en un papel, para que siguiera sonando en mí, y para que un lector, quién sabe dónde, un día me leyera, y tuviera las palabra de mi madre en su boca.

A veces, en algún interrogatorio, pido perdón por esta lengua que se tuerce das gana que tiene de historiar. A veces, prometo que voy cerrarme, voy a poner una tapa arriba. Me gustaría imaginar que cuando cierran la última página de mi voz, van recordar mis palabra, mucho mejor de lo que yo las dije.

* * *

ISBN: 978-607-5905-53-2



Este libro, en tanto ejercicio de cartografiar colectivo, no pretende ser preciso, tener todos los detalles, los trazos, las escalas. Este libro no es un diagnóstico, es más bien un tejido móvil, una urdimbre, donde compartimos algunas formas presentes de ser, habitar, construir senderos singulares desde el enfoque de la investigación-creación para entender, al juntar las partes y de manera relacional, cómo estamos pensando colectivamente estas prácticas.